

Primer cuadro

Heriberto Rodríguez

Las Once Mil Vírgenes

Donde bien cabía una mujer mala acostada cómodamente

Suponen los improvisados historiadores que suelen ser sus habitantes que la vecindad, toda de adobe, fue construida para las mujeres que cada vez aparecían perfumando las aceras, confiriendo vida a la zona roja de Cuauhtemotzin, incluidas las blancas parisinas de dulces facciones, notables por sabias cortesanas. Todas ellas dieron con su encanto desbordado, su sudor y el de los demás, el nombre a la vecindad: Las Once Mil Vírgenes.

Diálogo sin tono o paradojas de la hospitalidad

La última vivienda del piso superior la usan los teporochos de la zona. Es más amplia que las demás y quedan aún rastros de la bóveda catalana. Suena un vals y éste es el recibimiento que ellos dan:

TOMÁS: ¡Uta, qué pena!, de veras, es que está hecho un desmadre porque se nos metieron. Ya les dijimos, vuelven a entrar y sobres, pero la neta es que se nos metieron, hijos de la chingada. Mira, dejaron todo miado, se llevaron nuestros aparatos, es que el *Borolas*, mi compadre, somos carnales, hermanos, es buena onda y los deja entrar...

BOROLAS: Yo no les digo nada, les pongo una alfombra y los dejo acostarse, pero se manchan...

TOMÁS: Es que él no es envidioso, digo, les da chance, pero hay gente encajosa y ve cómo dejaron, gacho, ¿no? Se nos metieron, así son.

JAROCHO: A ese cabrón yo le di sangre cuando era chiquito, al *Borolas* lo conozco desde chamaquillo; su papá, en paz descanse, me quiso como hijo. No sé si por noble o por pendejo deja entrar gente aquí... La nobleza te lleva a la fregada, mano. Mira, tú metes a un cabrón a tu casa y te quita el reloj y te gana con la vieja. Oye... Yo nunca he sido así; el difuntito que acaba de morir dijo: *El Jarocho es trabo, pero rata no es*. Si me llevas a tu casa, ¿sabes qué te puedo robar?, un taco o un trago. De ahí en fuera no te cuides de mí. Bueno, me voy orita y vendré al rato. Salud .

BOROLAS: Pero tú venías a hacer un reporte, ¿verdad? ¿Quieres hacer un reporte bien padre? ¿De veras?

TOMÁS: La neta, te podemos hacer un reportaje de lo que quieras.

BOROLAS: A ver, saca tu pluma, empieza a grabar. A ver, tómame fotos, órale, así chido. Mira, yo nací el 25 de julio de 1947, aquí en la vecindad...

JAROCHO: ¿Te acuerdas cuándo nacistes? Pues si nadie se acuerda cuando nace, no chingues, mejor ve y pregúntale a tu madre...

BOROLAS: Así nos llevamos... tú estás haciendo el reportaje... Bueno, mi padre era inspector de alcoholes. Mi madre venía de Veracruz. Llegaron aquí a vivir o a cohabitar, como prefieras para tu reporte, ahí tú le acomodas la redacción. ¡Sácame fotos, sí, pero nomás no las mandes al extranjero! Como te decía, aquí nací y era un puterío de primera.

JAROCHO: Eran puras mujeres depravadas y madrotas dos tres.

BOROLAS: Aquí estaba el barrio de las suripantas, prostitutas, rameras o como le vayas a poner en tu reporte. Había además un tiradero. Estaban las pulquerías El Gran Tigre, a un lado; La Leoncita, en el Callejón de Igualdad; y La Luchita, en el Callejón del Diablo. Lo que es Vizcaínas era un puterío y venían al Hotel Igualdad, de Eduardo Rosendo Cota; ya no existe, costaba tres pesos el cuarto y venían también de Cuauhtemotzin. Había una imprenta, un tomo de madera y la tienda de don Melquiades.

Y comenzó el repique

Apareció un domingo en *La Prensa*, con letras grandes, algo que ya me tocaba ver: ENMUDECEN LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL, porque pasaron meses sin que fuera nombrado, después de la muerte de mi antecesor, un campanero oficial. Vine a hablar con el sacristán y tomé posesión el 2 de septiembre de 1977. El sentimiento que tengo ahora es que aún no he encontrado sucesor.

Aquí está mi campana preferida. A todas las quiero como a *mí* mismo, porque a todas las manejo, pero ésa me la entregó mi antecesor, que en paz descansa, a fines de 1950.

Antes de ser yo campanero oficial, el esquilón en honor de San Felipe Neri fue castigado. Me parece que era un Jueves de Corpus, una ocasión muy solemne; teníamos muchachos de la Academia de San Carlos, de la Escuela de Odontología, que estuvo en Licenciado Verdad, y de los que andan vendiendo noticias; reunimos a cincuenta. Comenzó el repique. Estaba yo en la torre poniente cuando vi que un señor me hacía señas desde la campana del Santo Ángel de la Guarda. Estaba el esquilón de San Felipe Neri balanceándose solito: un joven de unos veinte años que repartía periódicos fue a tocarlo, pero se accidentó y si no ha sido por la barandilla que tiene cada arco habría caído en el atrio. La madera que sostiene a la campana lo golpeó en el cráneo y lo incrustó en el arco. Fui a ver ese cuadro, una cosa espantosa que hasta que Dios me corte los pasos se me borrará: los sesos esparcidos en todo aquello.

Vinieron de la delegación y con cartones, recogieron los trozos de cráneo. A los ocho días subieron dos monseñores de la catedral con su indumentaria. Le echaron incienso a la campana, agua bendita, cera y oraron. *Le va usted a quitar el badajo a la campana y no va a tocar hasta que se le dé nuevo aviso*, ordenaron a Chava. Diez años más tarde Dios me concedió ver la misma ceremonia: *Ahora sí, señor campanero, póngale el badajo a la campana, ya puede trabajar.* [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea* 8. Ciudad de México
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1995.